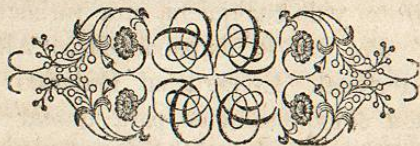


se á la puerta. Fabricio de Massimi, nunca dejaba en sus tristezas de venir á buscar su remedio en aquella puerta, de la que nunca se separó desconsolado. El cardenal Cusana, le encontró en ella un dia de centinela, y le preguntó porqué no entraba: “¿Para qué, le respondió, he de interrumpir al padre? yo encuentro aquí el consuelo que busco, y esto me basta.” Neri de Nigri, aun despues de la muerte del santo, no dejaba de venir á su cuarto siempre que tenia alguna afficcion, y recobraba en él al momento toda su tranquilidad. No sé yo de ningun otro santo que haya recibido de Dios un don como éste, á lo ménos en un grado tan extraordinario. Dios nuestro Señor se gloria en prodigar de diversas maneras, sus preciosos favores á sus escogidos.



CAPITULO XIX.

Tierna caridad de Felipe para con los pobres, ó por mejor decir, para con todo el mundo.

HASTA aquí hemos visto el celo del siervo de Dios, en trabajar por el bien de las almas; vamos ya á ver su tierno cuidado en remediar las necesidades corporales del prógimo; porque este hombre estaba dotado de una verdadera caridad, y esta virtud comprende á todo el hombre. Cuando se le llamaba á ver algun enfermo, despues de poner su alma en buen estado, se encargaba de su cuerpo, llamando á un médico que lo curase, y proporcionándole las medicinas necesarias. No satisfecho con remediar las miserias que llegaban á su noticia, salía de casa en busca de las necesidades ajenas y no era raro que Dios se las manifestase por re-

velacion. Al saber cualquiera de ellas, no se permitia ningun reposo hasta aliviarla por todos los medios posibles. Se le veia recorrer las calles dia y noche, visitando á sus queridos pobres, llevando á unos recursos pecuniarios, á otros vestidos, á éstos alimentos, á aquellos remedios. ¡Oh! ¿cuántos necesitados vergonzantes, vieron venir á este hombre en socorro de su indigencia que ellos pensaban no ser conocida mas que de sólo Dios? Entremos ya en el pormenor de algunos de sus actos de caridad, cuya memoria nos han conservado sus historiadores.

Un hombre noble llegó á perder su fortuna á causa de una multitud de calamidades que le sobrevinieron, y Felipe los sostuvo por muchos años en una situacion conforme á su nacimiento. Una muger tenia á una madre anciana, y cuatro hijos pequeños, sin recurso alguno para alimentarlos; y él tomó á su cargo proporcionar á cada uno lo que hubiera menester segun sus necesidades, por el espacio de cuatro años. Vicente Illuminator, dejó al morir una muger con seis hijos, sin recurso alguno, y movido Felipe á compasion, se constituyó proveedor de esta familia, no permitiéndole que careciese de ninguna cosa. Mas adelante procuró á una de las niñas su entrada á un monasterio, y la proveyó de todo lo necesario.

Resplandecía aún mas su generosa caridad en favor de las doncellas pobres, impidiéndole que viles corruptores se aprovecharan de su miseria, y

comprasen el sacrificio de su virtud. Uno de sus discípulos tenia unas sobrinas jóvenes, á las que no podia sostener á causa de su pobreza; pero el caritativo padre se encargó de su alimento é instruccion, y cuando llegaron á una edad en que podian casarse, les dió á cada una un dote de seiscientos escudos. Dos jóvenes florentinas que sus padres trajeron á Roma, donde murieron, se encontraron espuestas, por su miseria, á los mas grandes peligros. Llegó esto á noticias de nuestro santo, y las colocó en una casa segura, en la que proveyó á su manutencion, y costeó despues los gastos de su admision en un convento de Florencia. Omito una multitud de hechos semejantes, por no fastidiar con repeticiones á mis lectores.

Tres mugeres piadosas, pero que carecian de bienes de fortuna, emprendieron sin consultarlo con su director, abrir un asilo para niñas huérfanas, con la intencion de pedir limosna para alimentarlas. Llegaron á recibir hasta veinte, llenas de confianza en la caridad pública; pero ésta no correspondió á sus esperanzas, y conocieron demasiado tarde, que tendrian que morir de hambre con sus hijas. Llegó á oidos de Felipe su triste situacion, mandó llamar á estas mugeres imprudentes, las reprendió como merecian, y se encargó de las pobres huérfanas: casó á unas, otras abrazaron la vida religiosa, y colocó á las demas en casas particulares, que merecieron su confianza.

No llamaban ménos su atencion los pobres encarcelados: muchas veces á la semana les enviaba dinero, vestidos ó viveres; y mandaba á algunos de sus discípulos á que los instruyesen y consolasen. Habia en la ciudad muchos monasterios reducidos á una excesiva indigencia; pero sus nombres estaban escritos en la tabla providencial de Felipe, y no dejaba de enviarles en tiempo oportuno los socorros necesarios. Si encontraba algunos jóvenes propios para los estudios, los tomaba bajo su proteccion, y subvenia á todas sus necesidades: dos de ellos, que con el tiempo llegaron á ser cardenales, le ocasionaron especialmente gastos considerables, siendo tal su generosidad para con ellos, que llegó hasta vender sus libros por sostenerlos. A mas de esto, ningun pobre mendigo se dirigia á él, sin que recibiera de sus manos alguna limosna: en fin, eran tantas sus liberalidades, que ciertamente no hubiera podido llevar al cabo muchas de ellas, sin hacer milagros: tal era por lo ménos la opinion de los confidentes de su caridad.

Ella le valió un dia un favor singular; porque agrada tanto á Dios esta virtud, que le cuesta gran trabajo á su Magestad, si me es lícito hablar así, esperar á la otra vida para premiarla. Caminaba por una calle apartada, y se le apareció un ángel bajo la figura de un pobre, que le tendió una mano suplicante. Al momento, sin informarse el santo de sus necesidades, le dió todo el

dinero que llevaba. “Muy bien, le dijo el pobre aparente, queria yo hacer prueba de vuestra misericordia” y luego desapareció. Por donde quiera se formaban conciertos de alabanzas en honor de su generosa caridad; pero sobre todo, despues de su muerte fué cuando pudo conocerse bien el alto concepto que se tenia de ella. Recordaban los pobres los bienes que les habia hecho, y no pudiendo contener sus lágrimas, decian los testigos de su dolor: “Tienen razon de llorar, porque para ellos es ésta una pérdida irreparable, y jamás volverán á tener otro padre como el que la muerte les ha arrebatado.” Cuando se trató de su canonizacion, el cardenal Bellarmino, encargado del exámen de su causa, sorprendido de las prodigiosas caridades en que abunda, exclamó: “Este venerable padre, era otro Juan limosnero.” Aún fué mas elocuente el elogio que de él hizo una muger del pueblo. Testigo de la canonizacion de Santa Francisca Romana, tan célebre por su caridad, exclamó: “Nuestro buen padre Felipe, tambien ha hecho caridades semejantes ¿cuándo se le colocará igualmente en el catálogo de los santos? De esta santa señora se dice que llevaba envoltorios de ropa á los desgraciados; pero mi padre no se contentaba respecto de mí, con tan poca cosa: me llevaba pan, vino, aceite y aun dinero. Lo digo ante todo el mundo; Felipe hizo esto cien mil veces por mí y por muchos otros.”

Sin embargo, no era solo con los pobres en quienes hacía brillar la bondad de su corazón, extendiéndose ella á todos los que se le acercaban, y muy especialmente á aquellos que le hacían algún bien ó le prestaban algún servicio. “Este santo hombre, decía el cardenal Panphili en su deposición, era de un excelente y raro corazón, agradecía con efusión el más ligero beneficio, y siempre se acordaba de él.” “Felipe, decía el abad Maffé, quedaba tan agradecido al menor servicio que se le prestaba, que su correspondencia era de cuatro por uno: lo sé por experiencia.”

Los cuidados ajenos lo afectaban de tal manera, que muchas veces parecía perder la paciencia. Bastaba la vista de un pobre medio desnudo, para hacerlo llorar, sin que le fuera posible sosegar hasta no verle cubierto; y más de una vez se despojó de sus propios vestidos para cubrir con ellos las carnes de algunos miserables. Cuando se veía reducido á contemplar las privaciones de sus semejantes, sin que le fuera dable consolarlos, se estremecía, y exclamaba, olvidando el horror que siempre había tenido á las riquezas: “¡Qué no tenga yo tesoros para poder remediar tantos males!”

La inocencia perseguida, encontraba en él un intrépido defensor. Libró de una inevitable muerte á un noble romano, á quien se acusaba de un homicidio que no había cometido. Defendió, é hizo triunfar la inocencia de un sacerdote perse-

guido por unos hombres poderosos. Obtuvo del papa Pío V el perdón de muchos pobres extranjeros á quienes se condenaba á galeras con demasiada injusticia. Unos personajes de gran crédito, perseguían obstinadamente ante la justicia á un paisano amigo suyo: tomó su defensa y le libró de las manos de sus enemigos. . . . Basta; porque nunca acabaría si quisiera hablar de todos aquellos á quienes salvó la vida, el honor y la fortuna.

En una época de hambre, una persona le envió cinco panes para que socorriese sus necesidades propias. Los tomó luego, y se los llevó á un sacerdote extranjero, cuya indigencia le era conocida, y él se alimentó aquel día con unas pocas de aceitunas. Supo esto su bienhechor, y fué á preguntarle con algún mal humor ¿por qué era tan compasivo con otros y tan duro consigo mismo? “A lo ménos, añadió, no debíais haber dado más que la mitad guardando la otra para vos.”—“Perdonadme, respondió el santo; yo tengo aquí muchos amigos, y este pobre extranjero no tiene ninguno; ved pues, como nuestra posición no es igual.”

También interesaban altamente su caridad los pobres artesanos desprovistos de trabajo, y su celo inventor apuraba todos los recursos para arrancarlos de la miseria. Puedo citar á este propósito algunos hechos. Dos franceses, fabricantes de relojes de madera, no vendían lo bastante para poder alimentar á su numerosa familia: supolo

Felipe, y en su compasión se hizo en cierta manera su corredor. No fué en vano; porque muchas personas solo por complacer á Felipe, compraban de aquellos relojes. Comprometia un dia el santo á un hombre rico, á que comprase cierta porcion de ellos, lo que al fin consiguió; y testigo de este empeño uno de sus discípulos, le pareció que el santo no hacia bien en esto, y dijo para sí: “Vaya una idea singular ¿no podía este buen padre aconsejar á este señor que empleara mejor su dinero en otra cosa que en relojes?” Ignoraba entónces cual era la intencion de Felipe; pero cuando llegó á conocerla, no pudo menos que admirarse de aquella ingeniosa caridad. Un jardinero de la campiña de Roma, que vendía legumbres en la ciudad, llegó una tarde segun su costumbre, á tiempo que una lluvia copiosa le obligó á refugiarse bajo el portál de la caridad. Seguía lloviendo, y el pobre hombre se desolaba por no poder vender su mercancía. Felipe, que se hallaba por allí, oyó sus lamentaciones, y movidas sus entrañas, no pudo dejar de consolarlo. Se acerca á aquel hombre, le ajusta toda su mercancía: y el gusto que manifestó aquel pobre aldeano, fué mas apreciable para nuestro santo que el valor de su dinero.

Tenía un corazon tan excelente, que se compadecía aun de los mismos animales. Vió un dia que uno de sus discípulos andaba tras de un gato, y le dijo con cierta emocion: “¿Qué os ha hecho ese

pobre animal, para que le trateis de esa manera?” Otra vez vió que un hombre azotaba cruelmente á un perro, y esto le causó tal turbacion, que tuvo gran trabajo en serenarse. Uno de los niños que concurrían á su puerta, tenía un dia en su mano un pajarillo que habia cojido, y temeroso el santo de que lo hiciese morir, le dijo: “Hijo mio, vale mas que le deis libertad, para que vaya á ver á su madre.” Dijo esto, y pasó adelante: pero á poco rato volvió á encontrar al niño, y le preguntó si habia soltado al pajarito.---“Sí, padre, respondió: abrí la ventana y le eché á volar.---¡Pobrecito! esclamo Felipe, hubiera sido mejor criarlo, porque como es todavía chiquito no podrá comer y se morirá de hambre.” Si llegaban á cojerse en la casa algunas ratas, se oponia á que se les matase, y las hacia llevar á un lugar desierto en donde él se figuraba no podrian hacer daño. Si montaba algun carruage para ir á alguna parte, no dejaba de encargar al cochero que no fuera á lastimar á los hombres ó á los animales. Si alguno le daba alguna ave viva, la mandaba de regalo á otra parte, porque no la mataran en su casa. Se hubiera dicho que estos seres desprovistos de razon, conocian la humanidad de este santo hombre; porque por ariscos que fuesen con los demas, se dejaban acercar y manosear de él sin manifestar miedo alguno.

Uno de sus discípulos le ofreció un pajarillo cantador, encerrado en su jaula. “Lo recibiré de

muy buena voluntad, le dijo el santo, si habeis de venir todos los dias á prover á sus necesidades.--- Muy bien, padre mio, respondió el jóven; yo me encargo de su cuidado.” Desempeñó, en efecto, su compromiso, y una mañana que Felipe estaba enfermo, vió al animalito saltando sobre su cuello, picoteando y cantando con mucho contento. “Decidme, le preguntó el santo, ¿hacia lo mismo con vos cuando estaba en vuestra casa? No, padre mio, respondió el jóven.” El santo se avergonzó y espantó á la avecita. Esta se fué, pero volvió al momento, y estuvo haciendo esto por largo rato. Quiso cogerlo su antiguo dueño, pero no lo pudo conseguir. Entónces le dijo Felipe: “Traed la jaula, y voltiadle la puerta hácia donde está, veremos si quiere entrar.” Hecho ésto, entró al momento el pajarito. Son estas, en verdad, minuciosidades que no debieran contarse pero que sin embargo manifiestan perfectamente la bondad del corazon de nuestro santo, y por lo mismo me ha parecido no debia pasarlas en silencio.



CAPITULO XX.

Admirable castidad de nuestro santo.

AMO Felipe esta angélica virtud desde su mas tierna edad; y de aquí es que no omitía precaucion alguna para conservarla. ¿Cuáles eran pues, estas precauciones? Voy á decirlas, para que los ejemplos de este grande hombre sean de provecho á mis lectores. Sabedor por el Apóstol, que el hombre lleva este precioso tesoro en un frágil vaso de barro, y que las desgracias de nuestros semejantes, nos prueban demasiado esta terrible verdad, adoptó para su conservacion, ilustrado por la divina gracia, las medidas siguientes.

Primera. Cuidó mucho de ocultar este don inapreciable, bajo el manto de la humildad, á fin de que los ladrones espirituales no pudieran nún-